

The background of the cover is a monochromatic blue-toned photograph. In the upper left, a large, bright full moon hangs in the sky. Below it, a log cabin with a porch and a window is situated on a rocky bank. In the foreground, a river flows over rocks, creating white foam. The overall mood is mysterious and atmospheric.

La Comédiathèque

Cosas del Azar

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Cosas del Azar

Jean-Pierre Martinez

En el Bar Azar, Vicky y Clara, con el coche averiado, se cruzan con Pedro y el fantasma de Virginia. Un lugar curioso para un encuentro aún más curioso, que parece a la vez un reencuentro y un ajuste de cuentas...

Personajes

Clara

Vicky

Pedro

© La Comédiathèque

Un bar con una decoración bastante simple. En el centro, una barra, y delante, tres mesas, cada una con su silla. Encima de la barra, un letrero: El Bar Azar. Entra una mujer. Aparentemente no conoce el lugar y además le sorprende encontrarlo vacío. Da unos pasos y tose para señalar su presencia.

Clara (*tímidamente*) – ¿Hay alguien? (*Da unos pasos más y repite, en voz más alta*) ¿Hay alguien? Aparentemente, no hay nadie... Ahora voy y me pongo a hablar sola... (*Duda un poco, luego se sienta en una de las mesas, saca su móvil y mira la pantalla.*) Sigue sin haber señal... (*Levantando la cabeza y mirando a su alrededor*) ¿Pero qué es este lugar? (*Se dirige hacia la barra*) Aquí debe de haber un teléfono, en este bar... (*Mira en la barra, pero no ve nada y suspira*) Me tomaría un café, al menos... ¡Qué locura! Cualquiera podría entrar aquí y llevarse la caja... (*Observa una botella y tres vasos en la barra*) Bueno, siempre puedo tomarme un trago mientras espero... (*Se sirve un vaso, lo bebe de un trago, casi ahogándose*) Ufff... Esto es fuerte, parece licor casero... (*Reanimada, casi gritando*) ¿¡Hay alguien!? No puede ser, seguro que hay un teléfono en algún lugar...

Se pasa detrás de la barra y, buscando en los estantes, deja caer un retrato enmarcado. Se agacha para recogerlo, desapareciendo de la vista de los espectadores. Entra una segunda mujer. Al no ver a nadie, repite el mismo gesto que la primera, pero con más energía.

Vicky (*gritando*) – ¿¡No hay nadie!? (*La otra mujer, sorprendida, emerge de detrás de la barra con el retrato en la mano, con cara de asombro*) Ah, ¡hola! Pensé que no había nadie. Me pondré un café, por favor.

Clara – Ah, no... Es que...

Vicky – No importa, un té si prefieres... ¿Tienes un teléfono? No hay señal aquí...

Clara – Sí, ya lo sé... No, pero... Es un malentendido... No soy la dueña...

Vicky – Vale... Pero puedes servirme un café... o un té, ¿no?

Clara – Tampoco soy la camarera... Soy una cliente, como tú.

Vicky – De acuerdo... Y... entonces, ¿qué haces detrás de la barra?

Clara – Pues... buscaba un teléfono, precisamente.

Vicky – ¿Y lo has encontrado?

Clara – No...

Vicky – Bueno... ¿Y la dueña, dónde está?

Clara – Ni idea...

Vicky – ¿Ni idea?

Clara – ¿Cómo quieres que lo sepa?

Vicky – No sé... Acabas de decir que no eras la dueña. Así que ya sabes que hay una dueña.

Clara – ¡Para nada! Simplemente quería decir que la dueña, no soy yo. Pero no sé... La dueña... Puede que sea un dueño...

Vicky – Entiendo... Así que, en resumen, no eres de la casa...

Clara – Eso es...

Vicky – Como te vi detrás de la barra...

Clara – Bueno, no vamos a pasarnos la noche con esto, ¿no?

Vicky – Eso espero... Estoy agotada...

Clara – Sí, yo también...

Vicky – He pinchado. Bueno, en realidad, he pinchado dos ruedas. En la carretera nacional, o eso creo... Aunque no sé si era una nacional, probablemente una secundaria. Más bien un camino vecinal. En fin, que he pinchado en la carretera. Y resulta que solo tengo una rueda de repuesto.

Clara – Ah, ¿tú también?

Vicky – Pues sí... Aunque uno vaya con cuidado... En general, nadie lleva dos o tres ruedas de repuesto en el maletero...

Clara – No, quiero decir, ¿tú también estás averiada? Porque yo también he pinchado.

Vicky – ¿Has pinchado una rueda?

Clara – Tres.

Vicky – ¿En serio? ¿Tú también?

Clara – Es lo que intento decirte.

Vicky – Ya veo... ¿Y llamaste a un servicio de grúa?

Clara – Pues... Como dijiste... ¡No hay señal! Y tampoco he encontrado un teléfono fijo...

Vicky – Entiendo...

Clara – No sé qué vamos a hacer... Menos mal que tú también has pinchado...

Vicky – ¿Te parece bien?

Clara – Bueno... Al menos no estoy sola... Y tú tampoco...

Vicky – Tranquilas... Alguien acabará apareciendo...

Clara – Si lo dices...

Vicky – Es un café, ¿no? Y la puerta está abierta.

Clara – Sí... (*Mirando el letrero*) El Bar Azar... Vaya nombre para un bar. No sé si es muy buena señal...

Vicky – ¿Sabes cambiar una rueda?

Clara – Sí, claro... Bueno, eso creo... Nunca lo he hecho, pero vaya... No debe de ser muy complicado... Lamentablemente, como dices... Cuando solo se tiene una rueda de repuesto y varios neumáticos pinchados...

Vicky – Es una locura...

Clara – La ley de Murphy...

Vicky – Cinco neumáticos pinchados en cinco minutos, eso ya no es la ley de Murphy... Y no creo en las casualidades...

Clara – ¿Quieres decir que...?

Vicky – Alguien debió poner clavos en la carretera, no puede ser de otra manera... O trozos de botella...

Clara – Pero... ¿por qué?

Vicky – ¡Qué sé yo! Quizás un mecánico, para aumentar su clientela...

Clara – En ese caso, es raro que no esté aquí ya para tomar pedidos...

Vicky – ¿Quién?

Clara – ¡El mecánico! Y además no he visto ningún taller por aquí, ¿y tú?

Vicky – No... Y en esta zona, no es que haya mucho...

Clara – ¿Te acuerdas de esa película, *Shining*?

Vicky – No...

Clara – ¿Quieres que te la cuente?

Vicky – Prefiero que no, la verdad...

Clara – ¡Pero sí! Es la historia de una joven que se detiene en un motel en plena noche porque está atrapada en una tormenta en la carretera.

Vicky – Eso es *Psycho*.

Clara – ¿Qué?

Vicky – Esa película. No es *Shining*, es *Psycho*.

Clara – Ah, sí, tal vez... La verdad es que no soy muy cinéfila... Por cierto, no me he presentado. (*Tendiéndole la mano*) Clara.

Vicky (*estrechándole la mano*) – Vicky.

Clara – Bueno... ¿Y ahora qué hacemos?

Vicky – No sé... Supongo que esperar... ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Vicky recorre la sala y se detiene ante una puerta (que no necesariamente se ve). Intenta abrirla.

Vicky – Hay una puerta, pero está cerrada...

Clara – Podríamos caminar hasta el próximo pueblo...

Vicky – No sé a cuántos kilómetros está el pueblo más cercano... Y con estos tacones...

Clara – Y pronto se hará de noche...

Vicky mira a su alrededor.

Vicky – Es curioso, tengo una sensación rara...

Clara – ¿Quieres decir... una mala sensación?

Vicky – Es como si ya conociera este lugar.

Clara – ¿Ah, sí?

Vicky – Como si lo hubiera conocido antes, si lo prefieres. Hace mucho tiempo.

Clara – ¿Quieres decir... en otra vida?

Vicky – Cuando aquí había una dueña, al menos.

Clara – O un dueño...

Vicky se acerca a la barra.

Vicky (*viendo el retrato*) – ¿Qué es esa foto?

Clara – Un retrato... Creo que rompí el cristal... La dueña me va a echar la bronca...

Vicky coge el retrato y lo examina.

Vicky – Es raro...

Clara – No me diga que este retrato también te suena de algo, porque esto empieza a dar miedo...

Vicky – No sé... No es solo la foto... Es una sensación de déjà vu... La impresión de haber vivido esta situación antes...

Clara – ¿Cómo dices?

Vicky – ¿Nunca le ha pasado? La sensación de estar actuando en una película que ya ha visto, sin recordar el final.

Clara – Espero que tu película tuviera un buen final...

Vicky – No lo sé...

Clara – Bueno, pues yo me voy a tomar otro trago. (*Coge la botella y se sirve un vaso*) ¿Quieres uno?

Vicky – ¿Qué es eso?

Clara – Ni idea. Ya preguntaremos cuánto debemos cuando llegue la dueña.

Vicky – Vale.

La otra le sirve un vaso. Brindan.

Clara – Bueno... No vamos a dejarnos hundir por un neumático pinchado.

Vicky – Tienes razón.

Clara – Aunque en nuestro caso, entre las dos, suman cinco...

Vierten sus vasos de un trago.

Vicky (con una mueca) – ¿Pero qué es esto?

Clara – No hay nada escrito en la botella. Ni siquiera tiene etiqueta...

Vicky – La dueña debe destilarlo en su bodega con un alambique clandestino.

Clara – ¿Crees que podríamos meternos en problemas?

Vicky – ¿No crees que ya estamos en uno? Perdidas solas en plena noche en este Bar Azar... que se parece mucho al Bates Motel de *Psicosis*. Empiezo a preguntarme si realmente quiero que alguien aparezca aquí, después de todo...

Clara la mira, inquieta. Entra Pedro, con una bolsa de viaje en la mano. Mientras abre y cierra la puerta, se oye un trueno y se ve el destello de un relámpago.

Clara – ¡Estamos salvadas! Ahí está el dueño...

Vicky parece más cautelosa. El hombre avanza hacia la barra, con precaución.

Pedro – Hola...

Vicky – Ya empezábamos a preguntarnos si había alguien.

Pedro – ¿Hay alguien?

Clara – ¿No es usted el dueño?

Pedro – No... Pasaba por aquí y...

Vicky – No me diga que usted también ha pinchado...

Pedro – ¿Cómo lo sabe?

Clara – ¿Cuántos?

Pedro – ¿Cuántos...?

Clara – ¿Cuántos neumáticos?

Vicky – ¿Cuántos neumáticos ha pinchado?

Pedro – No se lo va a creer...

Clara – ¿Cuatro?

Pedro – Cuatro.

Vicky – Pues vaya... Mis respetos...

Pedro – Entonces ustedes también... han pinchado.

Vicky – Sí...

Pedro – Imagino que más de un neumático, de lo contrario ya habrían cambiado la rueda, como yo.

Clara – Tres.

Vicky – Dos.

Pedro – Esto es imposible... ¡Es una emboscada!

Vicky – Sí, es lo que pensábamos...

Clara – Al menos, ahora que está aquí, nos sentimos un poco más tranquilas.

Pedro – ¿Ah, sí?

Clara – No, quiero decir... con un hombre.

Vicky – Sí... A menos que sea él.

Pedro – ¿Yo?

Clara – ¿Él, qué?

Vicky – Él, quien ha dejado esos clavos en la carretera.

Clara – ¿Es usted mecánico?

Pedro – ¿Yo? ¡Para nada! Le digo que he pinchado, igual que ustedes. ¿Por qué habría puesto clavos en la carretera para pinchar mis cuatro neumáticos?

Vicky – Bueno... Le concedo el beneficio de la duda.

Pedro – Gracias por su confianza. Estoy muy conmovido...

Vicky – Discúlpeme, pero hay tanto loco suelto...

Pedro – Es verdad que este sitio recuerda un poco al motel de *Psicosis*, pero vamos... Tranquilas, no tengo a mi madre disecada en el piso de arriba. (*Pausa, pensativo*) Aunque...

Clara – ¿Aunque qué?

Pedro – No sé... Una impresión...

Vicky – ¡Ah! ¿Tú también?

Clara – ¿Os conocéis?

Pedro – No...

Vicky – Bueno, creo que no...

Clara – No, porque acabas de tutearle...

Vicky – ¿Le he tuteado?

Pedro – No sé...

Clara – De todas formas, si estáis compinchados para darme un susto, no me hace ninguna gracia.

Pedro – Desgraciadamente, mis cuatro neumáticos están pinchados. No es una broma. Y mi móvil no tiene cobertura. ¿Hay un teléfono aquí?

Vicky – Ya hemos buscado por todas partes y no hemos encontrado nada.

Pedro – Bueno, entonces, ¿qué hacemos?

Clara – Contábamos un poco contigo para que nos lo dijeras...

Pedro – Así que ahora, nos tuteamos todos, ¿verdad?

Vicky – Si estamos condenados a pasar la noche juntos aquí.

Pausa.

Pedro – Entonces, ¿no hay nadie?

Clara – Nadie... Es una locura...

Vicky – Hay una puerta ahí, pero está cerrada...

Pedro – Ah, ya veo... Mejor... Quiero decir, qué lástima...

Pausa.

Vicky – Tú no llevas zapatos de tacón, ¿verdad?

Pedro – No... Hoy no... ¿Y qué?

Vicky – Podrías caminar hasta el próximo pueblo. Para llamar a un mecánico.

Pedro – ¿El próximo pueblo...? Sí, podría...

Clara – ¿Pero?

Pedro – Digamos que... prefiero no dejaros solas aquí.

Clara – Te confieso que eso me tranquiliza. (*A Vicky*) ¿Y a ti?

Vicky – Lo que me tranquilizaría sería poder salir de este sitio cuanto antes. Porque si nadie se decide a ir a buscar ayuda, no sabemos cuándo terminará todo esto...

Pedro – Ni cómo...

Clara – ¿Ayuda? Hasta ahora solo hablábamos de un mecánico. Esto empieza a dar realmente miedo...

Se oye un trueno. El hombre se acerca a una supuesta ventana.

Pedro – Está lloviendo a cántaros y es noche cerrada.

Vicky – No dejarnos solas... Más bien, digas que te da miedo...

Pedro – No tengo ganas de salir en plena tormenta, en mitad de la noche, para encontrar un pueblo que tal vez esté a kilómetros. Lo llamo prudencia...

Vicky – Llámalo como quiera.

Clara – ¡No empecemos a discutir! Si queremos salir de esta, tenemos que mantenernos unidos.

Vicky – Tienes razón, lo siento...

Clara – Podría ser peor... Al menos estamos a cubierto.

Vicky – Sí... Pero si tenemos que pasar la noche aquí... Yo no lo tenía previsto.

Clara – Yo tampoco. Y aunque tuviera una maleta en el maletero... Con esta lluvia...

Pedro – Y no creo que podamos contar con el servicio de habitaciones...

Vicky – Tú, al menos, viniste con tu bolsa. Eres de los que prevén las cosas...

Pedro (*mirando alrededor de la sala*) – No tengo la impresión de que los dueños vivan aquí.

Clara – He visto algunas casas en ruinas, pero ninguna luz.

Vicky – Sí, parece un pueblo abandonado.

Clara – Es raro, un bar abierto, plantado así en medio del campo, en un pueblo fantasma.

Pedro – Especialmente un bar sin dueño y sin clientes.

Clara – Bueno, nosotros estamos aquí, pero... No es que lo hayamos elegido... ¿Quieres un trago de este brebaje, para animarte un poco?

Pedro – Gracias, prefiero no beber alcohol.

Vicky – Tienes razón, es mejor que uno de nosotros se mantenga lúcido. Serás nuestro conductor designado.

Clara – Desafortunadamente, el señor no podrá llevarnos a casa completamente borrachas, ya que nuestros tres vehículos están fuera de servicio.

Vicky – Me siento como una náufraga en una isla desierta.

Clara – Sí, naufragadas en la carretera...

Vicky – Bueno, desierta... no del todo...

Clara – ¿Preferirías estar sola?

Vicky – No... Pero si alguien tuviera una idea para sacarnos de aquí...

Pausa

Pedro – ¿Qué coche tienes?

Vicky – Un Twingo rojo, ¿por qué?

Pedro – ¿Y tú?

Clara – Igual. Bueno, el mío es más bien azul.

Pedro (*a Clara*) – Y dices que tienes dos neumáticos pinchados. Si ponemos las dos ruedas de repuesto en el coche de la señora, uno de los tres podría ir hasta el próximo taller.

Vicky – Sí, tiene sentido...

Pedro – Uno se pregunta por qué no se os ocurrió antes... Bueno, dadme las llaves de vuestros coches. ¿Dónde están aparcados?

Vicky – Espera, no tan rápido... Hace un rato, el señor no quería salir bajo la lluvia por miedo a mojarse...

Pedro – Sí, pero ahora tenemos una oportunidad de no pasar la noche aquí.

Clara – La señora tiene razón. ¿Qué nos garantiza que no te va a ir de aquí con nuestros dos coches?

Pedro – Para empezar, cinco de sus ocho neumáticos están pinchados. Y además, me costaría bastante irme de aquí conduciendo dos coches a la vez...

Vicky – Sí, pero una vez que hayas hecho la reparación y te vayas, supuestamente para buscar un mecánico. ¿Qué nos garantiza que volverás a buscarnos?

Clara – Disculpáanos, pero... Al fin y al cabo, no te conocemos. Podrías ser perfectamente un ladrón que ha organizado todo esto para robar un coche.

Pedro – ¿Un Twingo? Créeme, si yo fuera un ladrón de coches, habría elegido algo más fácil, y un modelo más caro.

Vicky – Al mismo tiempo, poner clavos en la carretera es como lanzar una red en el mar. Nunca se sabe si será un pez grande o uno pequeño el que caerá en el anzuelo... Bueno, ya me entiendo...

Exasperado, el hombre saca un manojo de llaves de su bolsillo y se lo tiende.

Pedro – Bueno, aquí tienen las llaves de mi 4x4...

Clara – Sí, pero ¿cómo sabemos que tienes el coche que dices tener? No hemos visto ese coche. ¿Lo ha visto tú?

Vicky – No...

Pedro – Solo tenéis que venir conmigo. Cambiar dos ruedas bajo la lluvia. Y recorrer kilómetros de carretera de montaña en plena noche con un desconocido. Todo eso para encontrar un taller cerrado, despertar al mecánico y usar vuestros encantos para conseguir que venga a ayudarnos.

Clara – Visto así...

Pedro – Sois bastante desconfiadas las dos, pero bueno... No estáis realmente en posición de negociar... Así que digamos que es tomarlo o dejarlo, ¿vale?

Vicky toma el manajo de llaves que le tiende Pedro.

Vicky – Vale... Mi coche está aparcado justo enfrente, en el parking.

Clara – El mío también.

Las dos mujeres le dan sus llaves.

Pedro – Volveré a buscaros lo antes posible. Con un mecánico...

Sale, dejando su bolsa de viaje.

Clara – Creo que podemos confiar en él, ¿no?

Vicky – ¿Tenemos realmente otra opción? (*Mira el manajo de llaves.*) BMW... Un coche de narcotraficante...

Clara – Y además ha dejado su bolsa... (*Se acerca a la bolsa*) Me pregunto qué tendrá ahí dentro.

Vicky – No sé... ¿Drogas?

Clara – ¿Crees?

Vicky – ¡Échale un vistazo!

Clara duda y está a punto de abrir la bolsa cuando el hombre regresa.

Pedro – Perdón... Me olvidé esto...

Vicky – ¿No quieres dejarla aquí? ¿Por qué?

Pedro – Digamos que yo también soy un poco desconfiado...

Vuelve a salir, llevándose la bolsa.

Clara – Solo nos queda esperar, entonces...

Vicky – Sí... Rezando para que ese canalla realmente vuelva a buscarnos.

Clara – Nunca sabremos qué llevaba en esa bolsa.

Vicky – Parece que le importa mucho, en cualquier caso...

Clara – ¿Quieres otro trago?

Vicky – No sería muy razonable... No sé lo que es, pero pega fuerte...

Clara – Yo también empiezo a sentirme mareada. Espero que ese sádico no nos haya drogado...

Vicky – ¿Qué?

Clara – Si todo esto es una trampa... Puede que él haya dejado esa botella en la barra con droga dentro. Para abusar de nosotras después...

Vicky – ¿Violarnos a las dos y luego largarse con nuestros viejos Twingos destartalados? Creo que, en ese caso, habría elegido modelos más recientes... y más lujosos.

Clara – A falta de pan, buenas son tortas...

Vicky – Hace tiempo que no oía esa expresión... Mi tía siempre decía eso cuando era pequeña... ¿Alguna vez ha comido tortas?

Clara – No... Pero si nos quedamos aquí una semana, no sé qué terminaremos comiendo.

Pausa

Clara – ¿Alguien te espera a ti?

Vicky – No, nadie en particular. ¿Y a ti?

Clara – A mí tampoco... ¿Te das cuenta? Nadie notaría nuestra desaparición...

Vicky – Al menos no hasta dentro de varios días.

Clara – Normalmente nunca paso por aquí. Quise tomar un atajo. Ni siquiera sé dónde estamos exactamente.

Vicky – Y no es con nuestros móviles que podrían localizar nuestros cadáveres. No hay cobertura...

Clara – Al menos tú das ánimos.

Vicky – Y él, ¿qué estará haciendo aquí?

Clara – No sé... ¿Y tú?

Vicky – ¿Yo, qué?

Clara – ¿Qué haces por aquí?

Vicky – ¿Aquí? Tampoco sé muy bien dónde estamos. Iba a un entierro, en un pueblo perdido. Mi GPS se estropeó. Nunca lo encontré. Solo intentaba volver a casa...

Clara – ¿Alguien de la familia?

Vicky – Una tía abuela de la que casi había olvidado su existencia. Justo de la que le hablaba antes. Ni siquiera sé por qué sigo yendo a estos entierros.

Clara – Cuando una recibe una esquela, siempre se siente un poco obligada.

Vicky – Sí... Y como no tenía herederos directos, me dejó unos miles de euros. Lo que tenía en su cuenta de ahorro. Le debía al menos eso. En fin, después de pagar este maldito entierro, me pregunto si no voy a acabar perdiendo dinero...

Clara – Y ni siquiera has podido asistir...

Vicky – Me imagino que nadie habrá notado mi ausencia... Sobre todo si no había nadie más en su funeral. Era una cabrona. Todo el mundo la odiaba.

Clara – ¿Tú también?

Vicky – Durante las vacaciones de verano, mis padres trabajaban. Podía haber ido a su casa. Vivía en el campo. Pero siempre tenía una buena excusa para escaquearse. Así que mis padres me mandaban de campamento. Vaya si he pasado tiempo en campamentos... Hasta los quince años. ¿Y tú?

Clara (*pensativa*) – ¿Campamento?

Vicky – ¿Qué hacías en esta zona?

Clara – Ah, sí... Te vas a reír, pero yo también iba a un entierro.

Vicky – Sí, es gracioso, la verdad. No me digas que era el entierro de mi tía, que somos primas y que tendré que compartir su cuenta de ahorro contigo...

Clara – No, era el entierro de mi marido.

Vicky – Ah... Lo siento...

Clara – No, pero llevamos más de diez años separados. Fui por obligación, yo también. En fin, es una página que se pasa.

Vicky – Sí...

Clara – Yo ni siquiera puedo esperar heredar la cuenta de ahorro de mi marido, el divorcio acababa de pronunciarse, después de años de proceso.

Vicky – Eso es realmente mala suerte.

Clara – Sí... Aunque me habría venido bien. Estoy harta de trabajar todos los días, incluso los domingos y festivos, por un salario miserable.

Vicky – ¿Y a qué te dedicas?

Clara – Soy auxiliar de enfermería.

Vicky – Vaya trabajo de mierda, ¿no?

Clara – Sí... ¿Y tú?

Vicky – Asistente contable. No es mucho más divertido, pero al menos es menos sucio...

Clara – ¿Estás casada?

Vicky – Viuda... Tres veces.

Clara – ¿Perdón...?

Vicky – Casada tres veces. Viuda tres veces. Parece que para el matrimonio no tengo buena mano.

Clara – Ah, vaya, eso no es común... Lo siento mucho...

Vicky – Créeme, no es fácil encontrar un candidato para hacer el cuarto...

Clara – Entonces, si lo entiendo bien, tampoco tú estás muy feliz...

Vicky – Hay personas así, que no están hechas para la felicidad...

Clara – Tal vez deberías intentar ver a alguien.

Vicky – Vi a un analista durante cinco años. Me costó un riñón.

Clara – ¿Y...?

Vicky – Después de cinco años, me di cuenta de que lo único que se sentía más ligero después de cada sesión era mi cuenta bancaria.

Clara – Entonces dejaste de ir...

Vicky – Sí... Pero antes, me aseguré de recuperar lo invertido.

Clara – ¿Perdón?

Vicky – Los psicoanalistas, cobran todo en efectivo, ya sabes. Todo en negro. Vi dónde guardaba sus billetes de cincuenta. El último día, me llevé la caja mientras estaba al teléfono con su próxima víctima.

Clara – ¿Y no lo denunció?

Vicky – No... No debía sentirse muy limpio, él tampoco...

Clara – Es la primera vez que escucho de alguien que atraca a su propio psicoanalista...

Vicky – Pues te garantizo que es completamente seguro. Me pregunto si al final no saqué algo de beneficio...

El hombre vuelve, empapado y con cara de pocos amigos.

Clara – ¿Y bien?

Pedro – No encontré una rueda de repuesto en el Twingo rojo.

Clara – ¿No había rueda de repuesto?

Pedro – No.

Vicky – ¿No lo sabía?

Clara – Compré ese coche de segunda mano. No comprobé si tenía rueda de repuesto.

Pedro (*lanzándole una mirada fulminante*) – Estoy empapado hasta los huesos.

Clara – O a lo mejor, no sé... Me la han robado... Puede pasar que roben las ruedas de repuesto, ¿no?

Vicky – Pero tú, sí que tienes una rueda de repuesto.

Pedro – Sí, pero no tengo un Twingo. Y dudo mucho que la rueda de repuesto de mi 4x4 se ajuste a uno de sus cochecitos de mierda.

Clara – Por favor, ¡cuidado con el lenguaje!

Vicky – No es que porque el señor tenga uno grande...

Pedro – A ti, te recomiendo que te calles, o podría realmente enfadarme.

Vicky – Vale, no dije nada...

Clara – Todos estamos un poco nerviosos, es normal. Pero nos vamos a calmar, ¿eh? Todo esto no es tan grave.

Pedro – Habla por ti...

Clara – Alguien terminará pasando por esta carretera. Verá nuestros tres coches, los neumáticos pinchados, y avisará a la policía.

Pedro – La policía...

Vicky – Parece que no te gusta la idea... ¿No quieres tener que ver con la policía?

Pedro – No tengo intención de quedarme aquí esperando a que alguien llegue, ¿es tan difícil de entender? (*Saca su móvil y mira la pantalla.*) Sigue sin haber cobertura...

Clara – ¿Y entonces? ¿Qué propones ahora?

Pedro – ¿Yo? ¡Pero si no os propongo nada! En cuanto deje de llover, me largo de aquí y os dejo arregláros las solas, eso es lo que os propongo.

Vicky – Muy caballeroso, gracias...

Pedro – Mientras tanto, voy a beber algo, eso me calentará.

Se acerca al mostrador y se sirve un vaso que vacía de un trago, antes de empezar a toser.

Vicky – Sí, es más bien una bebida de hombres...

Silencio. Cada uno se sienta en una mesa.

Clara – Ya no se oye la tormenta... (*Se dirige a la ventana para mirar afuera.*) Parece que ha dejado de llover...

Vicky – Ya puedes marcharte y abandonarnos a nuestra triste suerte...

Pero el hombre no parece tener prisa por irse.

Clara – ¿Has cambiado de opinión?

Pedro – No puedo caminar... Al menos no durante mucho tiempo... y no muy lejos.

Clara – ¿Por qué?

Vicky – No me digas que en realidad llevas tacones...

Pedro – Tengo los pies planos...

Clara – ¿Pies planos? Pensaba que eso era solo una excusa para librarse del servicio militar...

Pedro – Desafortunadamente, hay gente que de verdad tiene los pies planos...

Vicky – Así que al final, estás condenado a quedarte con nosotras. Qué mala suerte...
(*Silencio*) Si al menos tuviéramos una baraja, podríamos echar una partida.

Clara – ¿Quieres que mire a ver si encuentro una?

Vicky – No, estaba bromeando... No tengo ninguna gana de jugar a las cartas. ¿A ti te apetece jugar a las cartas?

Clara – No, la verdad es que no...

Clara empieza a pasearse de un lado a otro.

Pedro – ¿Podrías dejar de moverte así? Me pones nervioso.

Clara – Perdón... (*Se sienta en una mesa y de repente parece perturbada.*) ¿Por qué esta mesa?

Vicky – Vale... Entonces, ¿prefiereS que hagamos un café filosófico? ¿Por qué esta mesa? ¿Por qué esta silla? ¿Por qué hay algo en lugar de nada?

Pedro – ¿Dónde está la rueda de repuesto...?

Vicky – Y si mi tía tuviera, ¿sería mi tío?

Clara – No, quiero decir... Aquí hay tres mesas. No sé por qué me he sentado en esta mesa en concreto. Podría haber elegido otra. ¿Por qué esta, precisamente?

Pedro – El azar, supongo... ¿Qué más da? No vamos a pasarnos la noche hablando de esto.

Clara – Como si fuera mi sitio habitual...

Vicky – ¿Habitual? ¿Por qué? ¿Es que vieneS aquí a menudo?

Clara echa un vistazo al letrero del bar.

Clara – El Bar Azar... Estoy segura de que conozco este lugar también... Pero, ¿cómo? No consigo recordarlo...

Vicky – Lo que yo quisiera es poder olvidarlo muy rápido...

Clara – Entonces, ¿has estado aquí antes?

Vicky – No sé...

Clara – Pero antes decía que tú también...

Vicky – Es un bar de carretera... Todos hemos podido parar aquí alguna vez, hace mucho tiempo, con nuestros padres, de camino a las vacaciones...

Clara – Las vacaciones... Ya está, ahora lo recuerdo... ¡El Bar Azar! ¡Vine aquí de campamento de verano!

Vicky – ¿Ah, sí?

Clara – ¿Tú también?

Vicky – Sí, puede ser...

Clara – Fuiste tú la que mencionó antes lo de los campamentos... Porque tu tía no quería recibirte en su casa.

Vicky mira alrededor.

Vicky – Sí, me suena vagamente...

Clara – ¡Claro! ¡Fue aquí!

Vicky – ¿Aquí qué?

Clara – ¡Aquí fue donde perdí mi virginidad!

Vicky parece impactada.

Vicky – No puede ser... Ahora que lo dices, a mí también...

Pedro – Bueno, ¿os estoy molestando?

Vicky – ¡El campamento! Estaba justo al lado, en el bosque. Nos aburríamos tanto... Aquí quedábamos, con los chicos.

Clara – Para poder besarnos sin que nos vieran los monitores.

Vicky – O con ellos, a veces...

Clara – Sí... Y más, si surgía algo. En el granero, al lado...

Vicky (*mirando la mesa*) – Es increíble... Todavía están nuestros grafitis en la mesa...

Clara – No me extraña que haya elegido esta mesa instintivamente. ¡Mire! Aquí está donde él grabó nuestros dos nombres, con una navaja... Clara y Pedro...

Vicky – ¿Pedro?

Pedro – ¿Pedro?

Clara – ¡El monitor! Con él fue... Bueno, mi primera vez... Debía tener quince años... Él tenía cinco más...

Vicky – Acababa de conseguir su título de monitor.

Clara – Entonces, ¿tú también...? ¿Estuvo en el campamento aquí?

Vicky – No he reconocido el pueblo. En aquella época, todavía estaba un poco habitado... Creo que tampoco ha sido casualidad que haya elegido esta mesa... Mire... Mi nombre también está grabado aquí... junto al de...

Clara se levanta y mira.

Clara – ¿Pedro?

Vicky – Quizá no fue el mismo año...

Clara – Fue el verano de mi último curso de secundaria... Los demás habían salido a hacer una caminata nocturna... para ver los fuegos artificiales. Mi mejor amiga estaba castigada por mal comportamiento. Yo fingí estar enferma para quedarme con ella. ¿Cómo se llamaba?

Vicky – Vicky.

Clara – ¡Claro! ¡Vicky! ¡Eras tú! No te habría reconocido.

Vicky – Yo tampoco... Hemos cambiado un poco, imagino. Pero... tampoco recordaba que fuéramos tan amigas...

Clara – La amistad es como el amor, no siempre es recíproca...

Vicky – Y Pedro, el monitor, nos quedamos aquí con él para que nos vigilara. Ya ves... Bien que se ocupó de nosotras...

Clara – De todas formas, estaba exento de la caminata... porque tenía algo raro.

Vicky – ¿Qué era ya...? No era una enfermedad vergonzosa, pero algo parecido.

Clara – Tenía los pies planos...

Vicky – ¡Eso es!

Las dos mujeres se giran hacia el hombre.

Pedro – Mucha gente tiene los pies planos. Y os aseguro que nunca en mi vida he puesto un pie aquí...

Vicky – Otra coincidencia, sin duda... Y supongo que tampoco te llamas Pedro, ¿verdad?

Pedro – No... Y tampoco tengo el título de monitor de campamento...

Clara – Entonces, ¿cómo te llamas?

Pedro – Si no os importa, esperaré a que nos conozcamos un poco mejor para presentarme.

Clara – Si nos desvirgaste a las dos, se puede decir que ya somos bastante íntimos...

Pedro – Os digo que no soy Pedro y que nunca he desvirgado a nadie... Que yo sepa... En cualquier caso, no aquí... Y, desde luego, no a vosotras.

Clara – ¡El muy cabrón!

Vicky – Sí... Nosotras teníamos quince años y él veinte. Eso rozaba la corrupción de menores.

Clara – Tampoco me violó, claro, pero bueno... Me había jurado que me amaba. Que yo era la única. ¿Entonces tú también...?

Vicky – Sí, a mí también me decía que solo estaba conmigo. Que nos íbamos a casar. Era joven. Me lo creí.

Clara – En realidad, me daba igual ese imbécil. Solo quería deshacerme de eso. Convertirme en mujer.

Vicky – Sí. Fue la noche de los fuegos artificiales. Todos habían ido a verlos.

Clara – ¿No? No me digas que tú también... ¿Entonces nosotras dos... fue la misma noche?

Vicky – Menudos fuegos artificiales... Más bien un petardo mojado...

Clara – Sí, es verdad... También llovía esa noche...

Vicky – No, hablo de mi primera vez. Con Pedro... Porque no solo sus pies eran planos... Todavía me pregunto cómo hizo para estrenarnos a las dos una tras otra.

Pedro – Y luego dicen que los hombres son vulgares...

Vicky – Pero es verdad que llovía esa noche.

Clara – Sí. Me acuerdo...

Vicky – Entonces fue el mismo año... La misma noche...

Pedro – En esta región, llueve a menudo el día de la fiesta nacional.

Vicky – De repente, pareces conocer muy bien la zona... ¿Pedro...?

Clara se acerca al bar y toma el retrato.

Clara – Sabía que esa foto me decía algo... ¡Virginia! Al final, fue por ella que ese cabrón nos dejó a las dos. ¿Te acuerdas?

Vicky – Virginia... Era la hija de la dueña. Por eso está esa foto aquí...

Clara – Es verdad que estaba bien... Ahora debe tener nuestra edad.

Pedro – Si tenía vuestra edad en esa época, probablemente...

Clara – Sí, era mucho más atrevida que nosotras, pero se hacía pasar por una santa.

Vicky – Así fue como consiguió engañar a ese tonto. Porque hay que reconocer que no era muy listo.

Clara – No muy listo, pero sí muy motivado.

Vicky – Me pregunto si no se habrá tirado también a su madre.

Clara – ¿A su madre?

Vicky – ¡La madre de Virginia! La dueña del bar.

Clara – Ese tipo era un animal.

Vicky – Hay que decir que la dueña no era precisamente tímida.

Clara – Es verdad.

Vicky – Según todos los chicos del campamento, solo hacía falta sacar un billetito.

Clara – Sí... Ahí se les iba toda la paga, pero valía más que las clases de educación sexual de la profe de ciencias en el colegio.

Vicky – Y las prácticas estaban incluidas en el precio.

Ellas se ríen, mientras lanzan una mirada hacia Pedro, visiblemente molesto. Clara recupera la seriedad.

Clara – Hubo una historia sórdida aquel año, ¿verdad?

Vicky – ¿Sórdida? ¿Te refieres a que nos estrenara a las dos en la misma noche un sátiro de pies planos?

Clara – Alguien robó la caja del bar. ¿Te acuerdas?

Vicky – Sí...

Clara – Como solo estábamos los tres presentes esa noche, acusaron a Pedro.

Vicky – Pobre...

Clara – Juró que no había sido él... Pero lo echaron...

Vicky – Sí...

Clara – No me enorgullece, pero es verdad que me alegré... Como una especie de venganza...

Pedro – ¿Venganza?

Clara – ¡Nos dejó a las dos! Por esa zorra de Virginia.

Pedro – Ya veo...

Clara – Dije que no me enorgullece. Pero, en fin, no fue culpa mía que lo echaran cuando no había sido él.

Pausa.

Vicky – Fui yo.

Clara – ¿Qué?

Vicky – Fui yo quien robó el dinero y me las arreglé para que lo acusaran a él...

Pedro – ¿Qué? (*Ambas mujeres lo miran, intrigadas por su repentina implicación, y él repite, en voz más baja.*) Quiero decir... ¿qué?

Vicky – Sabía dónde la dueña guardaba la llave del almacén. Era tentador.

Clara – Aun así...

Vicky – Me había regalado su mechero, con sus iniciales grabadas. Lo dejé junto a la caja, en la oficina cerrada con llave. Sabía que lo acusarían a él. Yo también quería vengarme.

Pedro – ¡Es monstruoso!

Vicky – ¿Qué más te da, si dices que no eres Pedro?

Pedro – Solo me parece completamente irresponsable, nada más.

Clara (*a Vicky*) – Esto es una broma, ¿no? ¿Para tratar de pillarlo? ¿Hacerle decir que Pedro es él?

Vicky – Quién sabe...

Clara – En cualquier caso, nunca encontraron el dinero.

Vicky – Y mis padres nunca me volvieron a mandar de campamento.

Clara – A mí tampoco...

Vicky – Hay que decir que dos o tres chicas volvieron embarazadas ese año.

Clara – A causa de ese obseso sexual...

Pedro parece bastante perturbado.

Pedro – Voy a salir a ver si sigue lloviendo... y a fumarme un cigarro.

Sale. Las dos mujeres se miran.

Clara – ¿Tú crees que es él?

Vicky – ¿El monitor? No sé... Sería una coincidencia increíble que nos encontráramos aquí los tres.

Clara – Aunque bueno... es el Bar Azar...

Vicky – Todo por culpa de unos pinchazos en serie... ¿Y si no fuera casualidad?

Clara – ¿Qué?

Vicky – Al menos en lo de los pinchazos. A veces los policías tiran cosas para pinchar neumáticos cuando montan controles...

Clara – ¿Por qué habrían puesto un control?

Vicky – ¿Qué sé yo...? A lo mejor están buscando a un terrorista. O a un gánster.

Clara – Aun así, no tiene pinta de terrorista. Y tampoco hemos visto policías.

Vicky – Quizá ya han quitado el control y se han olvidado de recoger los clavos.

Clara – Puede ser...

Pausa.

Vicky – Ha dejado su bolsa.

Clara – Ah, sí...

Vicky – Esta vez, es ahora o nunca.

Vicky se acerca a la bolsa y la abre.

Clara – ¿Qué hay dentro?

Vicky – No te lo vas a creer...

Clara – ¿Qué?

Vicky – Dinero.

Clara – ¿Dinero?

Vicky – Mucho dinero.

Clara – No puede ser... ¿Entonces realmente fue él quien robó la caja del bar?

Vicky – ¡Eso fue hace treinta años! Y no había suficiente para llenar un saco de billetes, créeme.

Clara – Entonces, ¿qué es todo este dinero?

Vicky – También hay unos planos... (*Saca unos papeles y los mira.*) Los planos de un casino.

Clara – ¿Un casino..?

Vicky – ¡Un casino de juegos, donde se apuesta dinero! Seguro que es el que ha robado...

Clara – Vaya...

Vicky – Nunca he visto tanto dinero en efectivo de una vez. Ni siquiera en la consulta de mi psicoanalista...

Clara – Entonces realmente es un ladrón...

Vicky – A los veinte años, le acusaron injustamente. Quizás decidió dedicarse a eso, esta vez en serio...

Clara – ¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía?

Vicky – Te recuerdo que no tenemos ningún medio de comunicación, si no, no estaríamos aquí.

Clara – Ah, es verdad...

Vicky – Sería mejor que fueras a ver qué está haciendo...

Clara – ¿Por qué?

Vicky – Para ver si no está tramando algo malo.

Clara – ¿Algo malo? ¿Por qué yo?

Vicky – A mí me detesta. Trata de entretenerlo un poco.

Clara – ¿Para qué?

Vicky – Haz lo que te digo, ¡por el amor de Dios! Por nuestra amistad... Te recuerdo que yo era tu mejor amiga.

Clara – No pensarás aprovechar para robarle el dinero...

Vicky – ¿Tú qué crees?

Clara – Creo que eres capaz de eso. Robaste a tu propio psicoanalista.

Vicky – Es cierto que esto también es dinero robado...

Clara – ¿Robar dinero robado sigue siendo robar?

Vicky – Me temo que, en términos legales, a eso lo llaman encubrimiento...

Clara – Voy...

Sale. Vicky se acerca al bar, saca unas pastillas de su bolso, las machaca y vierte el polvo en un vaso. Casi la sorprenden los otros dos al regresar, pero no se inmuta.

Vicky – ¿Sigue lloviendo?

Pedro – No...

Vicky – Empezamos con mal pie, tú y yo. Lo siento de verdad.

Pedro – Está bien... No hablemos más del tema...

Vicky – Venga, vamos a brindar todos juntos... Por este reencuentro...

Clara – Es increíble, ¿no? Aquí, contigo, y tus dos ex... Solo falta la dueña...

Vicky – Y su hija.

Clara – No nos harás el numerito de la avería, ¿verdad?

Vicky – Como para reavivar la llama de dos vírgenes olvidadas, treinta años después...

Evidentemente, esto no le hace ninguna gracia al supuesto Pedro. Vicky llena tres vasos y entrega uno a Clara y otro a Pedro.

Pedro – ¿De verdad fuiste tú quien robó ese dinero?

Vicky – Te lo diré... solo si tú me dices que Pedro eres tú.

Pedro duda.

Pedro – Vale... Soy yo.

Clara – ¡Esto sí que es el destino! Da un poco de miedo, ¿no?

Se oye el ruido de fuegos artificiales, y se ven reflejos de luces de colores.

Pedro (inquieto) – ¿Qué es eso?

Vicky – ¿Hoy no es el día de fiesta nacional?

Clara – Otra casualidad...

Vicky – Un auténtico espectáculo de fuegos artificiales... Una especie de conmemoración, digamos.

Pedro – Te toca hablar ahora, Vicky... Es como en el póker... He mostrado mis cartas, te toca mostrar las tuyas.

Vicky – De acuerdo... Sí, fui yo quien robó la caja del Bar Azar.

Clara – Me lo imaginaba... Incluso en aquella época, me lo imaginaba...

Vicky – No había mucho, la verdad. Fue bastante decepcionante. Muy decepcionante. Como mi primera vez con Pedro. Pero bueno, ya os lo dije... era sobre todo por venganza...

Pedro – ¡Zorra!

Clara – Todo eso ya es pasado, ¿no?

Pedro – Por tu culpa, me echaron de ese campamento. Y nunca volví a encontrar trabajo como monitor.

Vicky – Cuando te fichan como delincuente sexual...

Pedro – Si he acabado mal en la vida, ha sido por tu culpa, maldita perra.

Vicky – Bueno... Todos tenemos nuestros problemillas...

Pedro – Voy a estrangularte...

Se acerca a ella tambaleándose, a punto de desplomarse, empezando a notar los efectos del somnífero.

Clara – ¡Dios mío! ¡Le está dando un ataque! Debe ser la emoción...

Pedro (*apoyándose en una mesa*) – No sé qué me pasa... Me da vueltas la cabeza... Esa bruja me ha envenenado...

Vicky – Se está quedando dormido, son los somníferos.

Clara – ¿Somníferos?

Vicky – Los que puse en su vaso.

Clara – ¿Pero por qué has hecho eso?

Pedro se desploma en una silla, quedándose dormido con la cabeza sobre la mesa.

Vicky – ¡Quería estrangularme!

Clara – Esto es una pesadilla... No puede ser...

Vicky – Pues yo no pienso dormir aquí. Ni de pie ni tumbada...

Va detrás del bar, se agacha y saca una llave.

Clara – ¿Qué es eso?

Vicky – La llave del almacén. Sigue escondida en el mismo sitio.

Clara – Sabías dónde la dueña escondía la llave...

Vicky – Sí.

Clara – Entonces, ¿de verdad fuiste tú quien robó ese dinero?

Vicky – ¡Obviamente!

Vicky va hacia la puerta y la abre.

Clara – Dios mío, ¿qué vamos a encontrar detrás de esa puerta? ¿Los cadáveres del pasado?

Vicky vuelve.

Vicky – No te imaginas lo cerca que estás...

Clara – ¿Qué...?

Vicky – Tengo una buena y una mala noticia.

Clara – ¿Una mala noticia?

Vicky – Hay una mujer ahí dentro. Colgada al teléfono.

Clara – Acabará colgando...

Vicky – No, pero... Cuando digo colgada, lo digo literalmente...

Clara – No... Estás bromeando...

Vicky – ¿Quieres ir a comprobarlo? Pero te advierto que no es agradable de ver. Se ha colgado con el cable del teléfono.

Clara – Oh, no... Es horrible... Dime que es una pesadilla... Que me voy a despertar...

Vicky – Nunca había visto un ahorcado, y sí, es horrible.

Clara – Tenemos que llamar a la policía.

Vicky – Te repito que no tenemos cobertura. Y en cuanto al fijo, habría que descolgarla primero.

Clara – Ah, sí, es cierto...

Vicky – Además, esta historia empieza a ser un poco complicada de explicar a la policía, ¿no?

Clara – ¿Tú crees?

Vicky – A ver, voy a resumir. Por casualidad, después de varios pinchazos, me reencuentro con el monitor que me desvirgó hace treinta años, junto con la chica a la que también desvirgó esa misma noche. En esa época, acusaron injustamente a ese monitor de un robo que cometí yo para vengarme de su infidelidad con la hija de la dueña, una conocida fulana. Ese cabrón acaba de robar un casino, pero todos estamos atrapados aquí porque tiene los pies planos... ¿Sigo?

Clara – Tienes razón... Yo misma ya me estoy perdiendo un poco...

Vicky – Y eso que he simplificado un poco.

Clara – ¿Pero quién es ella? La mujer que está ahí dentro.

Vicky – No estoy segura, pero diría que... es Virginia.

Clara – ¿Virginia? ¿La hija de la dueña?

Vicky – De todas formas, aunque esté toda azul, se parece mucho a la chica de la foto.

Clara – Dios mío. Pero, ¿qué hace aquí?

Vicky – Puede que se hiciera cargo del bar después de su madre.

Clara – Quiero decir... ¿qué hace aquí, colgada?

Vicky – ¿Y qué sé yo...?

Clara – Tal vez decidió colgarse después de que tú robaste la caja del bar...

Vicky – ¿Qué?

Clara – Quizás a causa de eso el bar quebró. O su madre murió.

Vicky – ¡Pero eso fue hace 30 años!

Clara – No sabemos... Es el efecto mariposa... De un suceso a otro... Nunca volvió a ver a Pedro. En lugar de irse, debió quedarse con el bar y dar clases nocturnas a los adolescentes del campamento para llegar a fin de mes... Quizás fue eso lo que la llevó a tomar esa decisión desesperada.

Vicky – Puede ser...

Clara – ¡Es horrible!

Vicky – Es el destino, no podemos hacer nada.

Clara – Tenemos que encontrar la manera de avisar a la policía.

Vicky – Si llamamos a la policía, Pedro va a ser arrestado. Esta vez, por un robo que sí cometió.

Clara – Es cierto...

Vicky – Lo mejor es largarnos de aquí...

Clara – ¿Pero cómo?

Vicky – Esa es la buena noticia. He encontrado algo más en ese armario...

Clara – ¿Qué?

Vicky vuelve de la habitación con una rueda.

Vicky – ¡Una rueda de repuesto!

Clara – ¿No?

Vicky – Y créeme, esta rueda es la rueda de la fortuna.

Clara – ¿Cómo dices?

Vicky – Cogemos el dinero y nos largamos...

Clara – No podemos hacer eso...

Vicky – Te recuerdo que ese tipo es un pedófilo. Abusó de nosotras hace treinta años.

Clara – Bueno, en fin...

Vicky – Además, nos engañó a las dos con esa zorra de Virginia. ¿Querías vengarte, sí o no?

Clara – Sí, claro, pero...

Vicky – Esa fulana se ha colgado, y él acabará en la cárcel por un atraco que realmente ha cometido. Mientras nosotras disfrutaremos de su dinero en algún lugar de los trópicos. La vida no ha sido amable con nosotras. Será nuestra revancha.

Clara – ¿Tú crees?

Vicky – ¿De verdad quieres acabar tu vida como auxiliar de enfermería? Créeme, es como lo de mi psicoanalista, no se va a atrever a denunciarlo.

Clara – No sé... No parece muy moral todo esto...

Vicky – Si el destino nos ha reunido a los tres esta noche en el Bar Azar, no ha sido por nada, ¿verdad?

Clara – No sé por qué, pero confío en ti. Y además tengo algo que confesarte yo también.

Vicky – ¿Ah, sí?

Clara – Te admiraba mucho en esa época.

Vicky – ¿Y cuando dices admirar...?

Clara – Eras todo lo que yo no era. Te atrevías a todo...

Vicky – Pues ya ves, no me ha traído muchas cosas buenas hasta ahora.

Clara – De hecho, si me acosté con Pedro, fue solo por hacer lo mismo que tú. Para sentirme más cerca de ti.

Vicky – Ah, ¿sí...?

Clara – Ha llegado nuestro momento, Vicky, lo siento. Vamos a retomar el hilo de esta historia donde se rompió hace treinta años.

Ella se acerca a Vicky, quien da un paso atrás.

Vicky – Perdón, pero estoy un poco perturbada... Después de todo,... Hay una mujer colgada justo al lado. ¿Qué pudo haberla llevado a cometer un acto tan desesperado?

Clara – Después de la expulsión de Pedro del campamento, puede que ella haya estado esperando años junto al teléfono, esperando una llamada suya que nunca llegó.

Vicky – ¿En serio...? Deberías escribir novelas...

Clara – Y, desesperada, acabó colgándose con el cable del teléfono...

Vicky – Sí... debe de ser eso...

Clara – Todo esto por culpa de aquella injusticia de la que Pedro fue víctima... por nuestra culpa...

Vicky – Una injusticia... No exageres. Tampoco hubo juicio.

Clara – ¿Estás segura de que es Virginia?

Vicky – No lo sé... Se parece mucho a su madre... Sobre todo ahora...

Clara – ¿Ahora que está colgada del teléfono?

Vicky – Ahora que han pasado treinta años. No sigues pensando que sigue siendo la jovencita que volvía locos a todos los monitores cuando estábamos en el campamento. ¿Y nosotras? ¿Nos has mirado? Tampoco hemos rejuvenecido... Si queremos encontrar un gigoló, vamos a tener que soltar dinero...

Clara – No podemos dejarlos aquí solos así.

Vicky – Tienes razón. No somos unos monstruos... (*Saca un fajo del saco y lo deja en la mesa donde Pedro duerme, desmayado.*) Para el personal, como dicen en el casino.

Clara – Hay algo que no entiendo...

Vicky – ¿Qué?

Clara – ¿Cómo ha podido colgarse y cerrar la puerta detrás de ella, dejando la llave en su sitio?

Vicky – ¿Quieres que llamemos a la policía para que intente resolver ese misterio?

Clara – Tienes razón, no es asunto nuestro, después de todo...

Vicky – Pero si quieres mi opinión, esa chica no se ha colgado sola...

Clara – ¿Y los clavos? ¿Quién los ha puesto?

Vicky – Seguramente son cómplices.

Clara – ¿Pedro y Virginia? Claro... Debe de ser esto...

Vicky – Quizás él la mató y fingió un suicidio para quedarse con todo el dinero.

Clara – Y ella... Sabía que él pasaría por aquí después del atraco, y dejó los clavos para asegurarse de que se detuviera al regreso en lugar de irse con el dinero...

Vicky – O tal vez, es el destino.

Clara – ¿El destino?

Vicky – Pulgarcito dejaba piedrecitas para encontrar su camino. Quizás el destino ha dejado clavos para provocar este reencuentro...

Clara – En el Bar Azar...

Vicky – Creo que teníamos una cita aquí.

Clara – Es la fatalidad.

Vicky – Virginia... Ahora lo recuerdo. Azar, ese era el apellido de Virginia y su madre.

Clara – Claro... El Bar Azar...

Vicky – Como dicen, el azar no siempre hace bien las cosas.

Clara – ¿Crees que somos responsables?

Vicky – ¿Responsables de qué?

Clara – ¡De su suicidio!

Vicky – No lo sé, y me da igual. Vamos, larguémonos...

Clara – ¿Con qué coche? ¿El tuyo o el mío?

Vicky – En el mío solo hay que cambiar dos ruedas.

Clara – Sí... pero el mío es casi nuevo.

Vicky saca una moneda del bolsillo, la lanza al aire y la atrapa con una mano cubriéndola con la otra.

Vicky – Cara, el tuyo, cruz, el mío.

Revela la moneda.

Clara – Vamos.

Vicky – ¡Coge la rueda de repuesto!

Clara – Ah, sí, perdón...

Salen, una lleva el saco y la otra la rueda de repuesto.

Se hace oscuro. Vuelve la luz.

Pedro se despierta, solo. Ve el fajo en la mesa y se da cuenta de que el saco ya no está.

Pedro – Malditas... *(Pausa)* No llegarán muy lejos, he sabotado los frenos del Twingo. El de esa perra de Vicky. Esa bajada es muy empinada para salir de aquí, y el barranco está cerca de la carretera... *(Se levanta y da unos pasos tambaleantes.)* Resta saber en qué coche van a poner las ruedas de la fortuna...

Se oye un chirrido de neumáticos seguido de un accidente.

Pedro – Al final, hay justicia... *(Pausa)* Pero eso no me dice cómo voy a salir de aquí... *(Se dirige al mostrador y mira el retrato.)* Virginia... Es increíble lo mucho que se parece a su madre, ahora...

Suena el teléfono desde el almacén. Mira hacia la puerta.

Pedro – ¡La puerta! Está abierta...

Va hasta la puerta, se queda inmóvil en el umbral. El teléfono sigue sonando.

Pedro – ¿Qué hago? ¿Descuelgo?

Entra en el almacén. El teléfono deja de sonar.

Pedro – ¿Hola?

Se escucha la sirena de un coche de policía y se ven las luces de la sirena reflejadas.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martínez en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa
Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un sueño de casa

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de Escena
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Avignon – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-275-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.